

VIDA Y ACCIÓN CATÓLICAS EN FRANCIA EN ESTOS ÚLTIMOS TIEMPOS

Si dirigimos la vista hacia atrás, para conceptuar la vida católica de Francia, nos encontramos súbitamente con una fecha que marca un profundo corte o barrera.

Es ésta, el 11 de mayo de 1924, en que llevó al poder una mayoría netamente antirreligiosa.

Después de la guerra, y desde el año 1919, hubo en el Parlamento un buen número de diputados favorables a las ideas católicas. Dentro de estos mismos, unos doscientos, eran aún fieles más o menos prácticos. Pero la mayoría de esta gente nueva, no creía factible u oportuno el cambiar la legislación existente, en cuanto al punto de vista religioso. Poco familiarizados con los procedimientos parlamentarios, demasiado divididos o tal vez demasiado tímidos para formar un grupo compacto y netamente católico, se contentaron con restablecer las relaciones diplomáticas con el Vaticano, dejando por lo demás encarpetados las leyes sectarias.

En las elecciones de marzo de 1924, la campaña se dirigió sobre todo a las abrumadoras medidas fiscales, que la cámara debió tomar para hacer frente a la situación financiera, y de los que sus enemigos hicieron un arma contra ella. Todos los elementos de la izquierda, reunidos bajo el nombre de *cartel*, habían hecho creer a los electores que la política seguida por la mayoría saliente, podría traer de nuevo la guerra, en una palabra que el Bloque nacional era el responsable del malestar interior y exterior. De este modo fué explotado el descontento.

Los funcionarios, especialmente aquellos, cuyas reclamaciones no habían sido siempre debidamente atendidas, votaron en masa contra la política gubernamental. La izquierda, es decir, radicales, radicales-socialistas, socialistas, no obtuvo a pesar de esto una gran mayoría en los votos expresados por los electores.

Pero, por razón de una particularidad del escrutinio, (que sería

demasiado largo tratar aquí), esta pequeña ventaja, fué suficiente para asegurarle un predominio aplastante, en el número de los elegidos. Muy pronto se vió, que el cartel victorioso, no tendría ninguna de las vacilaciones o reservas de sus predecesores y que aprovecharían su triunfo sin ninguna vergüenza. M. Melleroud, considerado como el representante del Bloque nacional, debió entonces abandonar la presidencia y el Eliseo.

Más adelante, la declaración ministerial, leída el 17 de junio de 1924, fué como una declaración de guerra a la Iglesia Católica. Mr. Herriot presidente del Consejo, anunciaba la intención de aplicar dentro de un plazo muy breve, a Alsacia-Lorena, el régimen de separación entre la Iglesia y el Estado, tal como existe en el resto del país; poner en vigor todas las leyes contra las congregaciones, y romper las relaciones con el Vaticano. Este programa, no había figurado para nada en las proclamas electorales. Lo hemos dicho antes, esta campaña se había hecho más sobre intereses más o menos bien comprendidos, que sobre las ideas en conflicto. Pero, no era tan difícil el saber dónde había sido elaborado el tal programa. El tiempo se encargó de demostrarlo con evidencia. Un grupo de católicos consiguió obtener las actas secretas del último congreso Masónico. La concordancia era notable entre las decisiones y los votos propuestos por los asambleistas y los puntos de la declaración ministerial. La Francmasonería se jacta entre hermanos, de haber sido una parte activa del cartel, el principal agente electoral, exhibiendo los títulos que la hacían acreedora a atribuirse los resultados.

Los católicos que poseían los documentos reveladores, los publicaron en octubre de 1924, bajo el título de la «Dictadura de la Francmasonería contra Francia» (Edición Spes, 17, Rue de Soufflot, París). Este escrito se contentaba con reproducir, en su conjunto aplastante, los documentos auténticos, con sus referencias, siendo extensamente divulgado (más de 20.000 ejemplares). Junto con su comentario «el secreto de las Logias» y acompañado de las reproducciones parciales y las glosas que de él hicieron muchos periódicos, se extendió por todo el país. Constituyó esto para muchos, como una revelación, que no fué extraña a las decisiones tomadas o confirmadas posteriormente.

Las resoluciones se manifestaban ya, por actos. Los habitantes de Alsacia y Lorena, dieron con sus viriles protestas, que repercutieron profundamente, el impulso que requería el movimiento. Rápidamente también, los Religiosos, antiguos combatientes, significaron que

no pasarían la frontera de buen grado, ni se someterían a decretos inicuos.

A las amenazas, y a algunas tentativas de ejecución, que se pretendieron llevar á cabo en algunos conventos de mujeres, respondieron por una declaración formal, que no tardó en ser unánime. La célebre carta del P. Doncoeur, denominada «No partiremos», de la que se hicieron millones de ejemplares, que fueron fijados en las principales ciudades de Francia, fué como la señal del despertar general. Fundóse una Liga, para la defensa de los Religiosos, antiguos combatientes (D. R. A. C.) y juntamente con ellos de todas las congregaciones.

Reunió esta Liga, no solamente a los interesados directamente, sino también a todos los que, creyentes o no, están cansados de leyes de exclusión contra ciudadanos por otra parte irreprochables.

Muy pronto la Liga reunió adherentes y dinero. A poco, le siguió otra asociación, la de los religiosos seculares, antiguos combatientes (P. A. C.), bajo la presidencia del abate Bergey, antiguo capellán militar, y hoy día activísimo y elocuente diputado de la Gironda. Los dos movimientos siguen el mismo camino y de perfecto acuerdo. Su armonía es la mejor réplica a los ya viejos propósitos de sus adversarios, que creen todavía que es una gran habilidad, el hacer resaltar en sus discursos, el contraste entre el clero secular y regular. Son estas, maniobras miserables y ridículas que no encuentran sino el desprecio de los interesados. Estas formaciones, tuvieron por primer resultado, parar el pie a los adversarios, que esperaban que sus proyectos serían ayudados por la división, la ignorancia o la timidez de las víctimas, y que contaban con que la sumisión espontánea de los religiosos se adelantaría a las ejecuciones, facilitándoles el trabajo de persecución y evitándoles la parte más odiosa de su papel.

Sin embargo no eran estos, sino las avanzadas, que llevaban un objeto preciso, pero limitado. Se trataba ahora, de reunir los grandes ejércitos y organizar verdaderamente a los católicos de Francia.

Si el fin puede parecer muy simple, al que no conoce las dificultades de la empresa, la tarea no deja de ser asaz compleja. Ya se había tentado lo mismo en repetidas ocasiones, pero yendo siempre al fracaso. Tal vez no esté del todo fuera de lugar, el decir aquí en pocas palabras, la razón de esos fracasos; pues han sido ocasión muy a menudo de que se juzgase muy mal a los católicos de Francia, por sus hermanos de otras naciones, y para los cuales tal hecho constituyó un asombro ya que no un escándalo.

Es imposible sin embargo, esbozar siquiera una explicación, sin volver hacia una situación histórica establecida desde muchos años y más especialmente desde hace medio siglo. Las viejas ideas, que han prevalecido en la Francia oficial de hoy, habían sido preparadas por el movimiento filosófico del siglo XVIII, encontrando su expresión más acabada en las fórmulas de la Revolución. Además, en el transcurso del último siglo, a través de todos los cambios y sucesiones de regímenes políticos, han avanzado y han ganado terreno, hasta constituir la doctrina del gobierno bajo la III República actual.

Esta doctrina es la del Laicismo. Bajo este término hay que entender, la pretensión de excluir toda influencia confesional, y hasta toda idea religiosa, de los diversos órganos de la vida política y social. Sucederá también, que un gran número de laicistas celosos de su obra, y con el fin de hacerla total y definitiva, la llevarán hasta la descristianización de las conciencias. Semejante empresa se lleva a cabo aun con los adultos, pero muy especialmente y en primer lugar para con los niños. Se pueden seguir así, etapa por etapa, las invasiones del laicismo en el terreno escolar francés, desde hace más o menos medio siglo. Indicaremos solamente los hechos principales.

En primer lugar, por medio de la enseñanza primaria oficial y gratuita, el Estado compra a los padres de familia a expensas de todos los contribuyentes, sus derechos a la educación de sus hijos.

Más adelante, en el año 1892, la enseñanza religiosa queda completamente prohibida en las escuelas oficiales, en las que, cuatro años más tarde, todos los maestros son laicistas.

Quedaba todavía el obstaculizar a las escuelas libres que habían subsistido, gracias a las generosidades de los fieles, frente a los Establecimientos del Estado. Es uno de los fines de las leyes sobre las Congregaciones, que son las que suministran ordinariamente el personal docente de esas clases. Primero en 1901, luego en 1904, todos los miembros de congregaciones religiosas, aun de aquellas, muy pocas, que habían sido autorizadas para otros trabajos, fueron depuestos del derecho común de enseñar.

La perseverancia con que se llevó adelante este plan, las coincidencias manifiestas de los gobiernos con las logias masónicas, las palabras y los gestos de los hombres que están en el poder, todo esto, prueba que el poder público, en Francia, se encuentra al servicio de esa filosofía especial, naturalista, opuesta a la verdad revelada, de un dogma del progreso humano positivista, en contradicción con el Credo del cristianismo.

Es verdaderamente una iglesia laica, con sus fórmulas, sus ritos y anatemas la que se levanta contra la Iglesia de Cristo.

En estas condiciones, cuál sería la actitud que adoptarían los católicos?

Unos, ligados a tradiciones antiguas, estiman como algo imposible el romper el acuerdo del régimen político actual con el laicismo. El mal está para ellos, menos en los hombres, que en las instituciones, es una tara congénita del régimen, y por consiguiente el único remedio para ellos será ensayar el reemplazar el gobierno actual por otro.

Los otros no creen que sea quimérico, el tentar la separación entre el poder político y los principios que lo inspiran actualmente. Preconizan para esto, una táctica, recomendada anteriormente por el Sumo Pontífice León XIII, bajo el nombre de «agrupación».

Admitir la Constitución, combatir la Legislación sectaria, tales serían los dos aspectos de esta actitud.

En la práctica, conduce por otra parte, a constituir alianzas, más o menos ocasionales, con aquellos que sin ser creyentes, admiten para éstos el ejercicio de la libertad.

Estas alianzas, casi fatalmente, traen ciertos compromisos o llegan a ciertas decepciones que no dejan de señalar los intransigentes.

Tal es en resumen la situación de los católicos en Francia. Las divergencias sobre los principios, sobre las tácticas que conviene seguir, las censuras mutuas y los resentimientos los han dividido profundamente y han hecho vanas hasta ahora, todas las tentativas de un acercamiento duradero.

Acaba de ensayarse, sin embargo una vez más, esta organización necesaria. Los recuerdos de la guerra, y las pruebas pasadas en común, un espíritu nuevo, la brusca ofensiva gubernamental, el ejemplo de los habitantes de Alsacia y Lorena, todo esto ha contribuido al despertar.

Sobre todo, encontré para dar la señal de alistamiento un hombre universalmente respetado por todos los católicos franceses. Era éste, el general Castelnau, que por sus tradiciones, sus méritos personales, los servicios prestados, por su fe y sus desgracias, es una persona de todos estimada. El general Castelnau se encuentra a la cabeza de la unión católica finalmente realizada. Esta comprende como base las agrupaciones parroquiales, después las diocesanas, unidas por la organización nacional. En el fuero interno de estas agrupaciones y para todo lo concerniente a los asuntos religiosos, la autoridad eclesiástica, conserva su derecho de control. Pero, se trata

además de dar una educación cívica, mostrar a los católicos que a menudo las han olvidado, las responsabilidades públicas y sociales, de dar la palabra de orden para la acción. Y esto último corresponde naturalmente a los dirigentes laicos.

Esta unión no es un partido político, es decir, que no pide a sus adherentes el sacrificio de sus preferencias personales, ni el abandono de sus respectivas agrupaciones, si son compatibles con la profesión de fe cristiana. No constituye además, por su cuenta, planes electorales y ni tomará la iniciativa de presentar sus candidatos. Pero saben que deberán tomar parte en las luchas del sufragio para dar a conocer su programa y no sostener sino a los que lo hayan aceptado, en todo o en parte según la posibilidad, a saber aquellos cuyos títulos desde el punto de vista católico, merezcan la preferencia.

- El programa, es el siguiente:
- Mantener la embajada ante el Vaticano;
 - Respeto de la palabra dada a Alsacia-Loreña, sobre sus especiales libertades religiosas;
 - En lo que sea posible, la supresión de las escandalosas facilidades concedidas al divorcio;
 - Ayuda eficaz a las familias numerosas;
 - La represión enérgica de la inmoralidad;
 - La participación equitativa de la enseñanza libre en las subvenciones del presupuesto;
 - Un estatuto legal para la Iglesia de Francia y su propiedad;
 - La libertad para los religiosos de asociarse y enseñar.

La unión está fundada y es este un primer resultado, cuya rapidez no ha dejado de sorprender a aquellos a quienes los fracasos anteriores habían descorazonado. La unión se llama *Federación Nacional Católica* (F. N. C.) y su sede social es 36, rue de Montparnasse, París, 6.º

Desde que existe, es decir desde hace algunos meses, ha visto adherírsele casi todas las diócesis de Francia y todas las grandes obras y todas las asociaciones le han prestado su adhesión más o menos directa.

Su trabajo, ha sido organizar y hacer propaganda. Innumerables anuncios y libros han partido de sus oficinas o de las de la D. R. A. C., su vecina inmediata y a menudo su íntima colaboradora. Además, las reuniones continuas, han llevado a través de todo el país, las iniciativas venidas desde las regiones más próximas al centro de acción.

Consultemos por ejemplo los cuadros que publica el Boletín mensual de la F. N. C., boletín que se denomina Credo. He aquí para el último mes de abril, 19 reuniones, comprendiendo cada una 1000 a 50.000 hombres (generalmente los únicos admitidos) y formando un total de 220.000 oyentes. Se adivina el incesante trabajo que han debido realizar los oradores de discurso por hora para hacer llegar la consigna dada, a esas masas que ordinariamente ningún salón podría contener.

Al lado de esta enseñanza global, y por encima de los círculos de estudios locales, los católicos han buscado el organizar una instrucción metódica. Ha sido esta, la obra de una institución reciente que no depende de la F. N. C., aunque trabaja de pleno acuerdo con ella. Se trata de la *Oficina de Conferencias* colocada bajo el patrocinio de S. E. el Cardenal de París. Con esto se querría realizar una acción sistemática, organizando circuitos regulares, recorridos por un grupo de conferenciantes, de modo que cada localidad del circuito tuviera una reunión mensual.

Los comienzos de esta empresa parecen prometer mucho.

El porvenir nos dirá el valor y la solidez de sus resultados. Desde ahora, se puede constatar una orientación cierta en los espíritus y en las actitudes.

Mientras que el esfuerzo promueve la acción necesaria, ciertas palabras, que son actos al mismo tiempo, han tenido una gran repercusión. El 10 de marzo último, los Cardenales y Arzobispos de Francia, con ocasión de su Asamblea anual, han publicado una «Declaración sobre las leyes laicas y las medidas que se deben tomar para combatirlas». La solemnidad y el vigor de la condena, no han dejado de provocar la cólera de los adversarios, y han asimismo alarmado tímideces amigas.

A pesar de los negados recibimientos oficiales y de las réplicas de cierta clase de prensa, estas palabras no han dejado de tener el fin que se retendía.

Han hecho luz, han disipado la atmósfera que muchos ciertos prejuicios y rutinas habían acumulado. Cualesquiera que sean los métodos prácticos y diversos con que podrá llevarse a cabo la consigna, ha contribuido a fijar netamente las posiciones, y ha asegurado los beneficios de una manera de ver definida.

Todas estas lecciones, estos avances, crean verdaderamente un espíritu nuevo en los católicos de Francia. Hemos dicho que en los años anteriores, muchas circunstancias históricas y muchas dificult-

tades desconocidas anteriormente, habían delatado, sino atenuado ciertas inercias y apatías inexplicables. Cansados de esfuerzos que parecían inútiles, ante un poder hostil, una masa descristianizada, formada por dos generaciones sólidas de la escuela sin Dios, los católicos franceses se habían retirado un tanto de la lucha o no entraban en ella sino dispersos. Tal vez consideraban también, que el único terreno libre era el de las campañas electorales, y batallas parlamentarias. No habían tampoco, medido la fuerza de las opiniones enérgicas, de las minorías resueltas. La guerra por una parte, los acontecimientos recientes por otra, los llevaron a rectificar la conciencia de su propio valer.

Por lo mismo, dan también una noción más neta de su importancia, ante sus adversarios. Estos, después de algunas amenazas, ante las serias resoluciones de los católicos, no han insistido.

Entretenidos en otros asuntos, de carácter sobre todo financiero, evitaron el comprometerse en una guerra religiosa. Además, se ha podido aún oír, en la declaración ministerial de M. Poincaré, sucesor y amigo de Herriot, un llamamiento a la unión, que parecería casi una retractación de anteriores provocaciones.

Los católicos, sin embargo, no se hacen ilusiones. Saben que no son estos, sino resultados precarios, actitudes tan inciertas como insuficientes.

Saben sobre todo que si se han detenido en la retirada, no han conquistado ninguna de las posiciones perdidas. Las leyes de persecución, de excepción, están a punto para ser urgidas y aun empeorarse cuando las circunstancias le sean más favorables.

Ninguna de las libertades confiscadas ha sido devuelta. La escuela oficial continúa su obra, sospechosa, sino nefasta, aun cuando se atenga, pese a quien pese a la neutralidad; 15.000 institutores están adheridos a los comités bolchevistas, y otros 80.000 acaban de pasar en masa, estos últimos días, a la Confederación General del Trabajo, que aunque rechaza el plegarse a la disciplina de Moscou, no deja de proclamar sus aspiraciones descaradamente revolucionarias. Por lo tanto, es la gran mayoría del personal de la enseñanza primaria, más de los 2/3 que está inscripto en los cuadros de la revolución.

La campaña emprendida para las reparaciones, las reconstrucciones necesarias, no hace sino comenzar; será larga y se anuncia como que será ruda. ¡Ojalá las divisiones de otros tiempos no entibien los alientos tan necesarios para luchar con adversarios que no dejan de la mano las armas!

Además, los católicos proceden también, a otras reconstrucciones no menos urgentes, a la vez materiales y espirituales. Se trata de reedificar las iglesias en las regiones devastadas por la guerra. Dos mil fueron destruidas, quinientas se encuentran de nuevo en pie y rehechas y avanza la construcción de las otras más o menos rápidamente; para ello se ha constituido una asociación que recoge los fondos necesarios. En su reciente asamblea anual, en julio último, daba el resumen de los resultados obtenidos. Para subsidios secundarios, es decir moblaje, ornamentos... ha recibido 1.500.000 francos en 1924 y 20.000.000 en los diez años que existe. En cuanto a los gastos necesarios para la reconstrucción misma, se ha formado para subvenirlos, una agrupación de cooperativas diocesanas, que ha obtenido el permiso oficial de contraer un empréstito nacional. En cuatro días la suscripción llegó a 200 millones. Agotada esta primera suma, un segundo llamamiento que desde ahora está asegurado va a proporcionar los 600 millones que aún son necesarios.

Poner en pie las iglesias, ya sea con ladrillo o piedra, es una necesidad indispensable. Pero a los templos nuevos o antiguos es necesario proporcionarles sacerdotes. Es esta una cuestión que presenta en Francia, un problema verdaderamente difícil. La situación material del sacerdote, está dificultada en su conjunto por la exigüidad de los recursos. Sin embargo, no es este el aspecto más importante y más grave del problema, sin dejar no obstante de tener su influencia, en primer lugar sobre el espíritu de los padres que se inquietan por la suerte de sus hijos, candidatos, en el seminario. La ley de separación de la Iglesia y del Estado, en 1905, ha sido también una ley de despojo.

El presupuesto del culto, que representaba la indemnización por la confiscación de los bienes de la Iglesia, hace un siglo más o menos, ha sido suprimido; al mismo tiempo que los bienes eclesiásticos, inmobiliarios o mobiliarios, han sido gravados de varias maneras. Hoy ante las condiciones de vida cada vez más duras, el sacerdote privado de recursos estables, no debe contar sino en el apoyo de los fieles: apesar del esfuerzo perseverante de éstos, está reduciendo a una situación financiera difícil, vecina a veces de la miseria.

A despecho de estas perspectivas, las vocaciones son aún numerosas, sino suficientes. Hay una gran proporción de jóvenes que por el servicio de Dios, abandonan una carrera ya asegurada. Estas buenas voluntades no llenan todos los vacíos y la inquietud se hace sentir, constituyendo una de las primeras preocupaciones actuales de la Igle-

sia de Francia. La Iglesia multiplica sus requerimientos: próximamente, a fines de noviembre, tendrá lugar en París un gran congreso, cuya preparación y sesiones tendrán por fin el hacer ver más vivamente a los católicos la vitalidad de este punto.

Es quedarse en el mismo capítulo o no alejarse mucho de él, señalar el logro de una porción escogida, no clerical, sino laica, que honra grandemente al catolicismo francés. En varias ocasiones se ha podido notar esta extensión de la vida cristiana a la juventud intelectual, viéndose en ello una de las más grandes esperanzas de resurgimiento. La moral bajo la influencia de la escuela laica oficial, de la prensa hostil o inmoral, de las pasiones y de los intereses políticos, ha sufrido una innegable decadencia religiosa que explica aun las dificultades de la acción católica en un país regido por la ley del número.

En ciertas esferas de las clases acomodadas o ricas, el neo-paganismo ha introducido, como en otros países, sus modas y sus ritos. Al menos se agrupa sobre todo en la juventud masculina, un núcleo de cristianos convencidos y lógicos. Se sabe que en las escuelas superiores del Estado, la influencia religiosa es muy franca. Fuera de las manifestaciones más íntimas y más frecuentes de esta renovación, se ha notado frecuentemente, como un signo característico, esas misas de Pascua, en las que alumnos y exalumnos de las escuelas de ingenieros se unen para cumplir con sus deberes de cristianos. El último año, diez y siete escuelas tuvieron así sus reuniones en París o en las provincias, y la cifra de las comuniones se ha elevado más o menos a 5.000. En 1925, veintiuna escuelas han organizado sus misas de pascua, y diez y ocho de entre ellas habían enviado con este fin, numerosas invitaciones firmadas por gran número de compañeros. Demos algunas cifras a propósito de estos firmantes. La gran Escuela Politécnica, que había sido antes el baluarte del positivismo incrédulo, va a la cabeza con 1907 firmas; sigue la Escuela Central con 1753; la Escuela de Minas, de París, con 443; la de San Esteban, 207; la Escuela Superior de Electricidad, 108... El total alcanza a 5.566.

Es necesario hacer notar aún, en el activo de la juventud estudiosa, en estos últimos meses, una manifestación, que sin ser en algún modo religiosa, prueba al menos que el sentido de la dignidad y de la justicia vive aún en ella.

El ministro de Instrucción Pública del gabinete Herriot, A. François-Albert, había nombrado por razón política y para arrumbar a un católico de nota designado en primer lugar por todos sus colegas,

a un miembro del Cartel, para ocupar una nueva cátedra de la Facultad de Derecho de París. Los estudiantes interesados, de acuerdo casi unánime con el cuerpo de profesores, se opusieron obstinadamente a que siguiera su curso el nuevo titular. Hubo incidentes tumultuosos y prolongados, intervención brutal de la policía. Nada pudo lograrse. Los estudiantes de las otras Facultades, de las grandes Escuelas, hicieron causa común con sus compañeros de Derecho. Una huelga general escolar, en París y en las provincias, durante dos días, 2 y 3 de abril, puso de relieve la vehemente protesta de los jóvenes. Finalmente la medida impuesta debió ser anulada, indirectamente primero, por su autor, y después totalmente por el sucesor del ministro culpable. Fué ésta una prueba de lo que puede una resistencia decidida.

Terminemos esta rápida revista, señalando algunos progresos o algunas iniciativas católicas recientes en el mismo terreno intelectual. Al lado de la literatura malsana, que crea una triste reputación para Francia, y que encuentra además una gran clientela extranjera, las obras de inspiración cristiana encuentran favorecidos de buena acogida. No volveremos sobre las publicaciones ya antiguas, cuyo éxito se acentúa, como los diccionarios religiosos, de los que algunos constituyen un éxito editorial. Los Evangelios y los Actos de los Apóstoles comentados, forman una nueva colección *Verbum Salutis*, de la que los dos primeros volúmenes recientemente aparecidos (Evangelios de San Mateo y San Marcos) atestiguan su alto valor. El interés que provoca la religión, se ha afirmado aún más durante el último año, por el éxito extraordinario de las conferencias del Padre Sanson, sucesor del Padre Janvier en la cátedra de Notre-Dame. De ocho a diez mil hombres llenaban la catedral, que esperaban mucho antes de que se abrieran sus puertas. Las conferencias publicadas en fascículos han tenido un tiraje de 50.000 ejemplares. Dentro de poco aparecerán en un volumen, en la edición Spes (casa católica recientemente fundada) y las suscripciones que ya se han hecho, garantizan la salida de la obra.

La filosofía religiosa y especialmente la tomista, provoca en la flor de la juventud, un interés creciente y encuentra intérpretes fieles hasta en una cátedra oficial de la Sorbona.

Finalmente en estos últimos meses, y en estas últimas semanas, han aparecido algunos libros, que abren horizontes hermosísimos al mundo de las almas. No queremos hacer catálogos, sino que mencionaremos los principales: *La vie héroïque de Jean du Plessis, comandante del Dismude*, el dirigible que fué destruído por un rayo al atrave-

sar el Mediterráneo, apareciendo en esta biografía, de cuerpo entero, la figura de un verdadero cristiano. Recientemente se ha publicado *Les paroles d'un revenant*, por Jacques d'Arneux, herido en la guerra, que explica la trama íntima de una lucha contra el dolor. Después de un mes que apareció este libro, han sido vendidos 15.000 ejemplares, lo que nos dice que los lectores no sólo se interesan por las complicaciones sentimentales y malsanas que tanto se buscan.

Para seguir todo este movimiento católico, en los dominios de la religión, las letras y ciencias, las artes y la vida social, se ha fundado un nuevo diario, *La Vie Catholique* (en octubre último), que tiene ya un gran tiraje. Es su misión el dar cuenta todas las semanas, de la actividad de los católicos en los diversos órdenes, a fin de no dejar que el olvido o la ignorancia, continúen su obra de enervar fuerzas.

Sin querer negar o substraer a la vista, las espesas nubes que hemos podido ver, aun en este breve resumen, acerca de la situación religiosa en Francia, estas pocas palabras han podido mostrar el resplandor con que brilla una intensa vida cristiana.

Y si hoy es más difícil que nunca, en medio del caos universal, entregarse al ingrato oficio de profeta, al menos, la esperanza encuentra una base seria en que fundar sus pronósticos.

HENRI DU PASSAGE, S. J.

París.